

Soberanía alimentaria y Agroecología Emergente: la democracia alimentaria

Ángel Calle Collado, Marta Soler Montiel y Marta Rivera Ferre
(Instituto de Sociología y Estudios Campesinos)

Capítulo para el libro *Aproximaciones a la Democracia Radical*, coordinado por Ángel Calle Collado, Editorial Icaria, 2010 (en prensa).

Introducción

Quizás sea el campo alimentario, y el metabolismo que induce (producción, circulación, consumo, residuos), el terreno más ilustrativo de los alcances, limitaciones y contestaciones que está recibiendo la llamada globalización capitalista, especialmente en lo que concierne a su dimensión autoritaria, escasamente democrática. Las nuevas formas de organización de agricultores y productores, desde La Vía Campesina a las cooperativas de consumidores, pasando por la investigación aplicada desde la agroecología, están de acuerdo en la denuncia del “control corporativo de la producción y el consumo” (Altieri 2009: 35; Sevilla 2006: 164, Pérez-Vitoria 2010: 226). Desde todos estos frentes se denuncian las consecuencias de dicho poder que intenta desarticular estrategias de cooperación social, tradicionales o innovadoras (Ploeg 2008): especulación de materias primas que lleva al desabastecimiento y a la pérdida de formas de vida ancladas en una agricultura sostenible; aumento de los oligopolios que dictan qué y cómo nos alimentamos; fuertes medidas de apoyo económico y judicial a quienes mercantilizan en su beneficio las semillas o la distribución de los alimentos; impactos medioambientales que no son considerados en el “debe” de la agroindustria transnacional; fuertes barreras al desarrollo de redes de comercialización locales; tecnología e investigación públicas orientadas mayoritariamente hacia una agricultura insostenible; entre otras.

Este sistema alimentario, tejido mundialmente desde las grandes cadenas de distribución, no es sustentable, ni medioambiental, ni socialmente (Gliessman 2007 y 2010, Varios Autores 2007). No invita a la participación o a la creación de alternativas, antes al contrario. No es de extrañar por tanto que el ámbito de la denuncia de estos mercados globales se dirija hacia la falta de democracia, no sólo alimentaria sino también sociopolítica, a la que están conduciendo las empresas transnacionales y sus sistemas agroalimentarios. La democratización del sistema alimentario a favor de los pobres, de los grupos excluidos o ausentados bajo cualquier forma de dominación centro/periferia (Norte-Sur, campo-ciudad, patriarcado) o de los descontentos con la calidad de nuestra comida, viene tomando cuerpo como demanda central de redes críticas y movimientos sociales en cualquier rincón del mundo (Holt-Giménez 2009, Cuéllar y Calle 2009, Shiva 2006). Los mercados globales producen desafección alimentaria, incitan a productores y consumidores a trazar nuevas estrategias de cooperación al margen de los mercados mundializados, desde ese referente doblemente global: internacional, planetario, por un lado; y por otro, situando el consumo como uno de los sustratos fundamentales en la reproducción de desigualdades en ámbitos como el acceso a la subsistencia, la procura de una sustentabilidad social y medioambiental, o simplemente, la capacidad de decidir colectivamente sobre asuntos que nos afectan (Calle, Soler y Vara 2009; Lang y Heasman 2004).

No es tan sólo una cuestión de democratizar económica y productivamente las redes que nos abastecen de alimentos. Como viene estableciendo la *crítica agroecológica*, se trata de democratizar el conocimiento, de co-producir otras reglas de juego entre quienes se

oponen a esta situación de injusticia (Sevilla 2006: 202 y ss., Cuéllar y Sevilla 2009: 50). Dicha crítica se inspira en los procesos participativos y colectivos de manejo de recursos naturales que tienen en la inclusión, el desarrollo endógeno y la sustentabilidad ecológica sus razones de ser (Ottmann 2005, Guzmán y otros 2000). Desde ahí ha surgido el concepto de *soberanía alimentaria* para referirse globalmente a esa necesidad de democratizar las relaciones de producción y consumo si queremos seguir viviendo y habitando (dignamente) este planeta. Frente al epistemicidio, al ecocidio y a la injusticia de una modernización capitalista impuesta desde Occidente sobre todos los ámbitos de producción alimentaria, personas de La Vía Campesina se proponen ir más allá: “construir también desde lo local formas de vida alternativas concretas” (Paul Nicholson, en Bárcena 2009: 40).

La globalización alimentaria o la explosión de descontentos

La *globalización*, o mundialización capitalista, y en particular la globalización alimentaria¹, produce constantes naufragios, cada vez más, a escala planetaria. Desde un punto de vista medioambiental, nos comemos este mundo, y otros cuantos más, y eso ya no es sustentable². La era del petróleo, grasa irrenunciable para el motor mundializado del actual negocio agroalimentario (insumos químicos, transportes de larga distancia, gran procesamiento y empaquetado), llega a su fin: “se acabó la fiesta” afirman expertos en materia de energía³. Si miramos al entramado institucional, las llamadas democracias liberales atraviesan tiempos de *desafección*: la ciudadanía considera que los gobiernos mandan a espaldas de ellos y no a favor de sus necesidades sino de los intereses de las grandes corporaciones (ver Calle 2005).

El capitalismo altamente entrópico estaría entrando en una fase histórica de gran degradación de la energía material y cultural que necesitamos para satisfacer nuestras necesidades básicas⁴. Por erosión material entendemos la creciente presión sobre los recursos hídricos que no deja de aumentar, el desfallecimiento de la biodiversidad, el empobrecimiento de los suelos o el panorama de crisis energética que se avecinará tras cruzar el “pico del petróleo”, puesto que ya habríamos extraído más del 50% del petróleo existente en las entrañas de la tierra. Y por erosión cultural nos referimos a la deslegitimación de valores, recursos simbólicos y prácticas que mencionen lo “común” o lo “colectivo” como enfoque elemental para nuestra supervivencia. Se habla de la “explosión del desorden”, de una civilización “ecocida”, de la construcción de una “sociedad del riesgo” dispuesta a auto-envenenarse, de la (absurda) “pérdida de conciencia como especie”, o de la “corrosión” de fundamentos sociales básicos para la reproducción de la vida.

La globalización capitalista se aparece, para el común de los mortales, como insostenible y angustiosa. En el caso del sistema agroalimentario mundializado, cada vez más sujeto a

¹ Como tal entendemos la consolidación de un sistema mundial de producción y distribución de alimentos sobre la base de una creciente concentración de pautas de consumo y de grandes empresas, cuyo objetivo sería adquirir mayor influencia y monopolizar, eventualmente, la reproducción de las cadenas alimentaria. Para ello, ponen en juego diversas estrategias de legitimación de cara a la ciudadanía, y en particular a los agricultores y agricultoras, a través de la publicidad, los sistemas educativos o de extensión agraria, impulsando y estando presentes como lobbies de presión en la arquitectura jurídica, política, mediática y tecnológica que toma fuerza, sobre todo internacionalmente, a partir de la segunda guerra mundial. Ver n. 27 de los cuadernos del Instituto Andaluz de Patrimonio Histórico que coordina Marta Soler.

² Por ejemplo, reclamamos ya casi el 50% del agua dulce para usos domésticos e industriales (Naredo, 2006), siendo el excesivo consumo de carne factor de esa demanda insostenible (Riechmann 2005).

³ Título del libro de Richard Heinberg (2006).

⁴ Ver Toledo y Bassols (2009) y González de Molina y Guzmán (2006).

mercados o imperios globales (Ploeg 2008), este descontento crece como consecuencia de su incapacidad para garantizar una vida digna. Aún atravesando un período en el que los alimentos que circulan podrían nutrir dignamente a toda la humanidad, comprobamos como el hambre sube, y supera ya la friolera de mil millones de personas. Y entre los más afortunados, fundamentalmente residentes en los países ricos, el problema es la inseguridad creciente. Trescientos millones de personas padecen obesidad y un millón de personas sobrepeso. Las crisis alimentarias (aviar, porcino, vacas locas) ponen en evidencia, recurrentemente, la fragilidad de unas redes que se apoyan en una producción intensiva e industrializada. Los alimentos, por otra parte, llegan a la mesa junto con malas compañías, tóxicos que se encontrarían detrás del aumento de alergias o de tumores. La alteración súbita y radical de cómo y quién produce nuestros alimentos ha modificado por completo, y de forma muy perniciosa, nuestra capacidad para reproducirnos de forma sana (Servan-Schreiber 2008). En su cotidianidad económica, la gente asiste, como ocurriera en el 2008, al crecimiento repentino del pan y del litro de leche como consecuencia de la batalla especulativa que une a cereales y a los agrocombustibles.

La organización alimentaria vinculada a la globalización se fundamenta en el paquete tecnológico de la llamada Revolución Verde (mecanización, agroquímicos y semillas comerciales) que comienza a extenderse tras la segunda guerra mundial. La modernización agraria comenzó a imponerse, con el apoyo institucional de las políticas agrarias, en las zonas rurales de todo el mundo en contra de las formas tradicionales campesinas de manejo agroganadero como elemento fundamental para el crecimiento económico de base urbanoindustrial en los países enriquecidos y pieza clave de la propuesta neocolonial del denominado *desarrollo* en los espacios periféricos (Rist 2002). La globalización agroalimentaria implica una profundización de este modelo tecnológico de la mano de la creciente competencia productivista internacional y la incorporación de nuevos elementos, como las semillas transgénicas, y nuevas técnicas de manejo ahorradoras de mano de obra e intensivas en capital. Se sientan las bases para un mercado oligopólico alimentario a escala mundial.

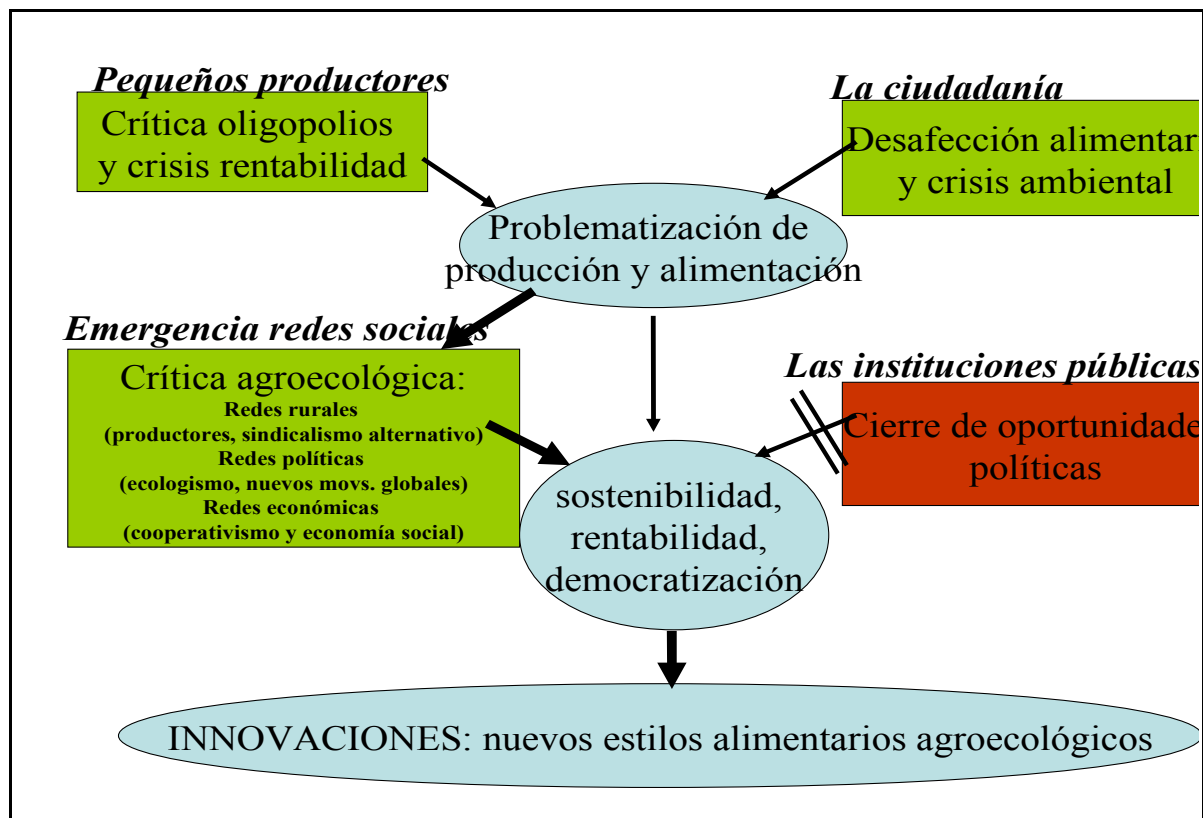
Pero sin duda el elemento diferencial de la globalización agroalimentaria es el nuevo poder estratégico de la distribución comercial alimentaria. En un contexto de mercados alimentarios crecientemente saturados, el seguimiento de los cambios en la demanda y el control de acceso a los consumidores otorga a las grandes empresas minoristas un papel predominante en el funcionamiento de las redes globales de abastecimiento. Esto se refuerza a través del proceso de financiarización de estas empresas de la mano del aplazamiento de pagos a proveedores y la revalorización a corto plazo de dichos flujos monetarios a través de los mercados financieros internacionales. En consecuencia, el poder estratégico de la distribución también moldea y orienta la reestructuración de los restantes sectores de los sistemas agroalimentarios en este periodo (Varios Autores 2007).

Por todo ello, este sistema agroalimentario crea las condiciones para su crítica. Supone un desplazamiento y una exclusión creciente de campesinos y agricultores que encuentran cada vez más obstáculos a la hora de subsistir. La desafección alimentaria, la crisis de confianza con respecto a instituciones valedoras de ese sistema agroalimentario mundializado, vincula entonces a productores y consumidores (Calle, Soler y Vara 2009, Soler y Calle 2010). Ante la parálisis o el cierre de oportunidades políticas para recoger estas críticas se crea un caldo de cultivo para un descontento compartido. En él, un emergente campesinado (Pérez-Vitoria 2010, Bascuñán 2009) es central en la construcción de nuevos saberes y nuevas prácticas que den lugar a innovaciones sociales en el terreno alimentario.

Entre los saberes, la *agroecología* aparece como un intento de co-producir y recuperar (al menos mantener) formas de acción colectiva que permitan un manejo sustentable, social

y medioambiental, de los recursos naturales que transformamos y desplazamos para alimentarnos (Sevilla 2006). En 1996, Vía Campesina, una organización internacional que refleja el ascenso de estos nuevos actores desde el mundo rural, lanza su propuesta de *soberanía alimentaria* (Desmarais 2008). En ella se enfatizan derechos de individuos y comunidades para producir de manera que se satisfagan sus necesidades materiales, culturales, expresivas a través de un desarrollo endógeno. Por supuesto, ambos saberes y propuestas se nos presentan entrelazados (Cuéllar y Sevilla 2009). Las propuestas de soberanía alimentaria, como veremos más adelante, reformulan constantemente lo que podemos entender como sustentable de forma amplia. Y, paralelamente, la filosofía práctica de la agroecología convoca nuevas miradas, nuevas redes agroecológicas, invita a innovaciones sociales que apunten hacia dicha soberanía alimentaria. Ejemplo de ese entrelazamiento de descontentos será el *nuevo cooperativismo agroecológico* que, con matrices en las economías solidarias, aúna consumidores y productores en países centrales en la tarea de construir conjuntamente formas autogestionadas de producción y distribución de alimentos.

Gráfico 1. *Descontentos alimentarios e innovaciones sociales (elaboración propia)*



Todo este abanico de respuestas que está generando constantemente innovaciones sociopolíticas en el terreno alimentario, desde la sustentabilidad y la democratización extensa de las relaciones, es lo que denominaremos *agroecologías emergentes*. Tomamos aquí la expresión *emergencia* para señalar aquellos saberes prácticos que están ampliando nuestro presente, frente a una razón autoritaria y tecnocrática que se complace en desperdiciar las experiencias de los de abajo para así asegurar su hegemonía en el campo de los saberes, de lo que puede conocerse, de lo que debe considerarse como “productivo”, e incluso de la percepción de un tiempo y una historia que han de ser “eficientes” en pos de un “progreso” dictado desde arriba (Sousa Santos 2005, 2009).

Pasamos seguidamente a analizar estos saberes y estas prácticas. Dicho análisis nos

permitirá situar el desafío del sistema agroalimentario global como contestación profundamente imbricada con el debate en torno a la “calidad” de la democracia en nuestras sociedades contemporáneas.

Saberes globales: Agroecología

La agroecología propone un enfoque alternativo al de la ciencia convencional para el análisis de los sistemas agroalimentario y para el desarrollo rural. Surge, como paradigma científico, a partir de la década de 1970 como respuesta teórica, metodológica y práctica a la crisis ecológica y social que la modernización e industrialización alimentaria generan en las zonas rurales (Sevilla 2006). Como práctica, la agroecología propone el diseño y manejo sustentable de los agroecosistemas con criterios ecológicos (Altieri 1999; Gliessman 2007) a través de formas de acción social colectiva y propuestas de desarrollo participativo que contribuyan a dar respuestas sustentables y globales a la satisfacción de nuestras necesidades básicas (Sevilla y Woodgate 2002). Bebe, sobre todo, de formas tradicionales de producción que hoy en día se revisan para proponer innovaciones sociales en el terreno agroalimentario.

Como enfoque teórico y metodológico, la agroecología constituye una estrategia pluridisciplinar y pluriepistemológica para el análisis y diseño de formas de manejo participativo de los recursos naturales, aplicando conceptos y principios ecológicos vinculadas a propuestas alternativas de desarrollo local (Norgaard 1994, Guzmán y otros 2000). Por tanto, la agroecología es, simultáneamente, un enfoque científico para el análisis y evaluación de los agroecosistemas y sistemas alimentarios y una propuesta para la praxis técnico-productiva y sociopolítica en torno al manejo ecológico de los recursos naturales.

El enfoque de la agroecología plantea tres dimensiones de análisis (Otmann 2005). La dimensión técnico productiva se centra en el diseño sustentable de los agroecosistemas. La ecología es aquí el marco científico de referencia que en diálogo con el conocimiento tradicional campesino e indígena proponen la redefinición de los fundamentos técnicos de la agronomía, la veterinarias y las ciencias forestales. La dimensión socioeconómica busca la revalorización de recursos y potencialidades locales, la recreación de un desarrollo endógeno en definitiva. Ligadas a ellas, la tercera dimensión, la sociopolítica, se traduce en la implicación y acompañamiento de procesos participativos, desde redes críticas o iniciativas de investigación aplicada, que se orientan a la construcción de alternativas a la globalización agroalimentaria.

La agroecología se propone hacer emerger miradas, y con ello experiencias, invisibilizadas por la ciencia moderna. Ciencia cuyo devenir se halla ligado a las lógicas de poder hegemónicas, de carácter universalista y mercantilista. El enfoque científico convencional tiene una mirada atomista, parcelaria y mecanicista de la realidad con pretensiones de universalismo y objetivismo para sus conclusiones, desacreditando otras formas de conocimiento como resultado de una concepción monista. Este enfoque científico ignora el alcance de las incertidumbres asociadas a cualquier forma de conocimiento despreciando los riesgos asociados a los cambios tecnológicos y socioculturales (Funtowicz y Ravetz 2000). El papel que la ciencia convencional otorga a científicos y técnicos es jerárquico respecto a la ciudadanía. Así, el agrónomo o el agente de desarrollo rural, bajo este enfoque, se sienten legitimados para imponer tecnologías agrarias y propuestas de desarrollo rural que implican formas de conocimiento y de organización sociocultural ajenas a los agricultores con independencia de las

necesidades, valores e intereses de los mismos. Este posicionamiento jerárquico es el que domina las perspectivas del desarrollo rural todavía hoy dominantes, fruto de la creencia en una “revolución verde” que se niega a constatar su fracaso en su objetivo de “fabricar” un mundo sustentable. Esta dinámica se extiende al resto de la sociedad y por todo el planeta de la mano de la globalización alimentaria.

En una concepción epistemológica alternativa como la agroecológica, la posición del científico, el extensionista o el agente de desarrollo rural no es jerárquica. Más aún, la agroecología puede considerarse una sociopráctica de las emergencias (ver Villasante 2006, Sousa Santos 2005): es reflexión práctica, enfoque holístico para la acción que, des-ausentando experiencias de cooperación social invisibilizadas por la ciencia autoritaria, impulsa la emergencia de futuros más sustentables, desde un punto de vista social y medioambiental⁵.

En este sentido, la agroecología ayuda a *co-producir globalmente*⁶ otros manejos de los recursos naturales mediante:

- i) *nuevas situaciones*: el rescate, la recreación o la innovación de prácticas que se rijan por la sustentabilidad eco-agronómica, el desarrollo endógeno y la participación social;
- ii) *enfoques globales*: problematización “desde abajo” de los satisfactores que fracasan en la procura de nuestro bienestar (material, afectivo, expresivo, de relación con la naturaleza); partiendo de una mirada sistémica que interrelaciona el entramado agroalimentario mundial con los manejos productivos locales (actividades, finca o explotaciones), pasando por los planos sociales que los engarzan: comunidades o sociedad local, territorios culturales y cuencas alimentarias, sociedad mayor o estados⁷;
- iii) *vinculaciones*: proponiendo un constante diálogo inter-cultural entre distintos estilos agroalimentarios y culturas políticas, sean tradiciones indígenas, innovaciones que nacen de una economía solidaria, o propuestas críticas de los nuevos movimientos globales;

Así, la agroecología concibe el cambio social como un proceso coevolutivo (Norgaard, 1994), resultado de la interacción entre sistemas sociales y sistemas ambientales, en un esquema de interrelación e influencia múltiple donde los sistemas de conocimiento, valores, tecnologías y organizaciones interactúan con la naturaleza. Los sistemas agrarios tradicionales vinculados a comunidades campesinas se han desarrollado generalmente como resultado de un proceso coevolutivo equilibrado y armonioso con la naturaleza⁸. La

⁵ Como afirma Sevilla en *El pensamiento social agrario* (2006b: 144, 221), la agroecología se propone “desvelar” manejos ecológicos de recursos naturales, encontrando en formas tradicionales campesinas “un potencial ético de expansión”; en suma, la agroecología trata de visibilizar y acompañar otros presentes, para así tejer futuros sustentables.

⁶ Ver capítulo *Aproximaciones a la democracia radical* para un análisis general de este concepto.

⁷ El control global, *poder sobre*, se retroalimenta a través de microdispositivos concretos y cotidianos de poder, y viceversa. La agroecología considera unidades inseparables de análisis lo local y lo globalizado; lo cultural, lo político, lo económico y lo medioambiental (nuestras necesidades básicas); los sujetos, los procesos y las formas de creación de conocimiento o de realizar investigaciones aplicadas.

⁸ No se trata de idealizar las comunidades tradicionales campesinas ya que históricamente también han existido crisis ecológicas que han llevado incluso a la desaparición de dichas comunidades. Tampoco se trata de afirmar que los campesinos han mantenido por naturaleza una relación armónica con el entorno. Pero, al depender esencialmente de los recursos naturales para su subsistencia, han desarrollado formas de manejo ecológicamente respetuosas con la base material sobre la que se fundamenta su modo de vida.

modernización alimentaria rompa este equilibrio. Como alternativa, la agroecología propone recuperar los elementos culturales y ecológicos positivos asociados al campesinado para, en conjunción con innovaciones sociales, construir sistemas sustentables (medioambiental y socialmente).

Por tanto, desde un enfoque democratizador, la agroecología explora y visibiliza satisfactores alimentarios que nos permitan subsistir respetando procesos culturales y políticos que nacen y se legitiman “desde abajo”. Une así la visión de los cuidados, en el sentido ecofeminista de valorización de aquellos procesos que reproducen la vida, con la dimensión expresiva (creativa, participativa) de nuestras necesidades básicas.

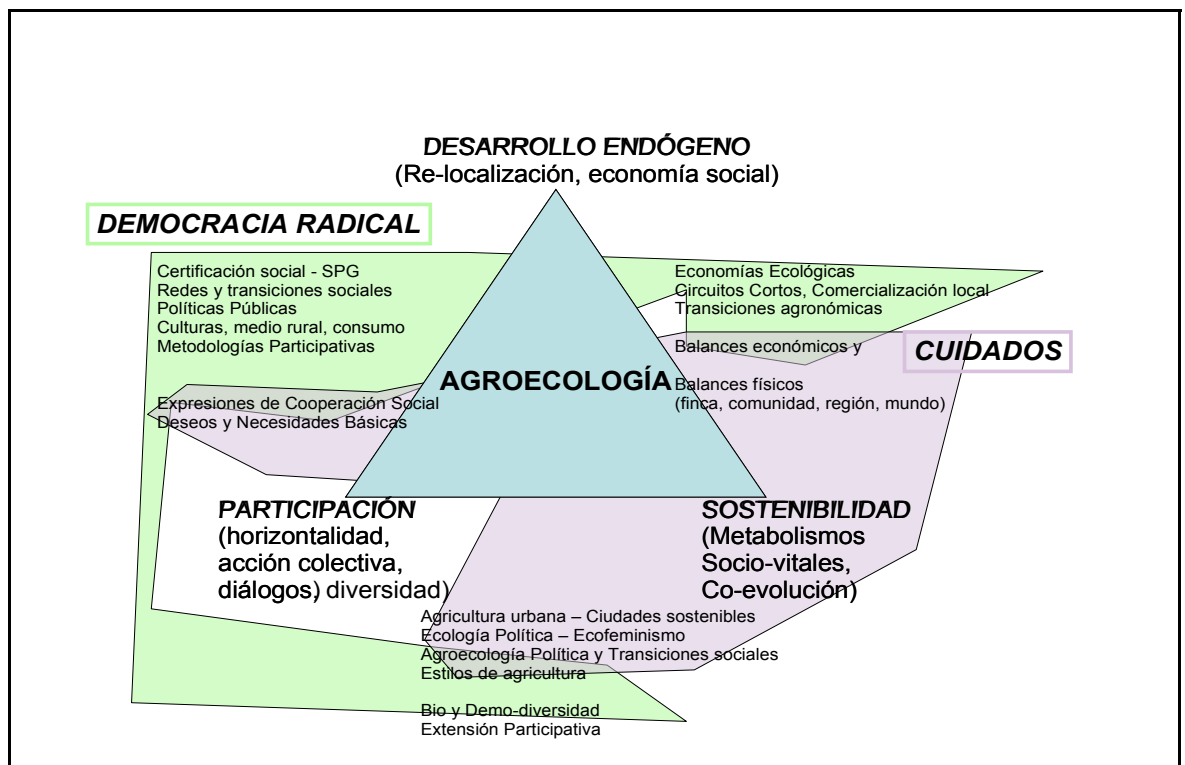


Gráfico 2. Las tres dimensiones de la agroecología y su entrelazamiento con las perspectivas de cuidados y democracia radical (elaboración propia).

No es de extrañar, por consiguiente, que las prácticas agroecológicas se apoyen de forma continuada en cultivos sociales (satisfacción directa de necesidades básicas) que, en muchas ocasiones, apuntan hacia formas de democracia radical (desarrollando experiencias de organización social horizontales e inclusivas). Tal es el caso de aquellas redes agroecológicas que plantean una transformación sociopolítica del sistema agroalimentario desde abajo, como veremos seguidamente. Dichas expresiones encuentran aliento en paraguas de democracia participativa tales como: la investigación aplicada “con la gente”, instituciones sociales para la autogestión de necesidades básicas como consejos municipales, acceso a canales cortos de comercialización, promoción de un consumo de productos ecológicos locales, desarrollo de tecnologías apropiadas y que limitan la demanda de recursos externos, recreación de redes sociales autónomas a través de la agricultura urbana, etc.

Propuestas campesinas: Soberanía alimentaria

La red internacional campesina La Vía Campesina cuenta con más de 150 organizaciones

sociales de base, y está presente en los cinco continentes, particularmente en Asia y América Latina. En palabras de Desmarais (2007: 16): “Es un movimiento transnacional que abarca organizaciones de campesinos, agricultores de pequeña y mediana escala, mujeres del campo, trabajadores agrícolas, y comunidades agrícolas indígenas”. Sin duda, La Vía Campesina es una expresión de las nuevas culturas políticas de carácter *global*: i) cuestiona de forma práctica la mundialización, por un lado, desde una red fuertemente descentralizada; ii) y por otro lado, problematiza conjuntamente una serie de ejes de poder derivados de las insustentables políticas de la (segunda) revolución verde, de la escasa democratización de mercados y tecnologías, y que se reproducen a través de ámbitos de dominación como el patriarcado.

Al poco de nacer, La Vía Campesina acuñó el concepto de “Soberanía Alimentaria” en 1996, como aportación crítica a la Conferencia Mundial sobre la Alimentación que la FAO organizaba en Roma. Se trata de un concepto dinámico, por lo que cambia con el tiempo, a la par que incluye los intereses de otros colectivos y se adapta a diferentes contextos. Muchas ONG, organizaciones de la sociedad civil, organizaciones de agricultores y sus movimientos sociales han contribuido al desarrollo y al dinamismo del concepto. Ven la soberanía alimentaria como una alternativa a los problemas del hambre, la pobreza y la degradación medioambiental y social relacionados con la producción de alimentos a través de la distribución de poder en la cadena alimentaria.

La soberanía alimentaria se definió por primera vez como:

*“el derecho de todas las naciones a mantener y desarrollar su propia capacidad de producir alimentos básicos respetando la diversidad cultural y productiva. Tenemos el derecho a producir nuestro propio alimento en nuestro territorio. La soberanía alimentaria es una precondition para llegar a la verdadera seguridad alimentaria”*⁹.

Posteriormente, el concepto se amplió para incluir otras formas de organización además de la nación e incluyó el concepto más amplio de “derecho a la alimentación”, en contraposición a “seguridad alimentaria”. De este modo, el FORO de ONG y Organizaciones de la Sociedad Civil para la Soberanía alimentaria lo definió como:

“el derecho de las personas, las comunidades y los países a definir sus propias políticas agrarias, pesqueras, laborales y agrícolas que sean apropiadas a sus circunstancias específicas, desde el punto de vista ecológico, social, económico y cultural. Engloba el derecho real a los alimentos y a la producción de alimentos, lo que significa que todas las personas tienen derecho a alimentos seguros, nutritivos y adecuados culturalmente y a recursos para producirlos, y la capacidad de mantenerse ellos mismos y sus sociedades”.

En el Foro Mundial sobre Soberanía Alimentaria se acordó una definición más simple. “La soberanía alimentaria es el derecho de las personas a alimentos adecuados desde el punto de vista saludable y cultural obtenidos a través de métodos sostenibles y ecológicos y su derecho a definir sus propios sistemas alimentarios y agrícolas” (Declaración de Nyéléni 2007, www.nyeleni.org).

Y actualmente, La Vía Campesina define la soberanía alimentaria como:

“el derecho de las personas, los países y las uniones de estados a definir sus políticas agrícolas y alimentarias sin transferir materias primas agrícolas a los países extranjeros. La soberanía alimentaria organiza la producción y el consumo de alimentos en función de las necesidades de las comunidades locales, dando prioridad a la producción para el consumo local. La soberanía alimentaria engloba el derecho a proteger y regular la producción agrícola y ganadera nacional y a proteger el mercado doméstico de entradas

⁹ Para estas citas consultar la página www.viacampesina.org y Rivera (2008).

de excedentes agrícolas e importaciones de bajo coste de otros países. Las personas sin tierra, los campesinos y los pequeños agricultores deben tener acceso a la tierra, al agua y a las semillas, así como a los recursos productivos y a los servicios públicos. La soberanía y la sostenibilidad alimentarias son una alta prioridad más que las políticas comerciales”.

En contra de la industrialización y la mercantilización de la agricultura, la soberanía alimentaria defiende el derecho de la gente a definir sus propias políticas agroalimentarias basadas en sistemas de producción de alimentos sostenibles desde los puntos de vista medioambiental, social y económico y apropiados culturalmente a sus circunstancias únicas. De hecho, esta propuesta es el primer enfoque de *abajo a arriba* que se ha propuesto para reducir el hambre y la pobreza, así como para promover un desarrollo rural sostenible. Trata el problema del hambre y la pobreza desde una perspectiva de los derechos humanos y no desde una perspectiva mercantilista, integrando todos los elementos que definen la vida misma y la cultura. Desde este punto de vista, se debe enfocar el hambre desde los principios del derecho a la alimentación reconocidos en la Declaración Universal de los Derechos Humanos de 1948, e incluidos en el Pacto Internacional de Derechos Económicos, Sociales y Culturales de 1976, y también es necesario admitir que deberían reconocerse nuevos derechos, que se resumen en la Declaración de los Derechos de los Campesinos (www.viacampesina.org).

Cuando analizamos la definición y los requerimientos de la soberanía alimentaria, es fácil deducir que es una propuesta no solo para conseguir el derecho a la alimentación para todos, sino también que se trata de una alternativa al concepto actual de desarrollo en el contexto neoliberal (Rivera Ferre 2008). Los principios fundamentales del neoliberalismo se podrían resumir en propiedad privada, libertad y dependencias en función del mercado, orden e individualismo. Resulta obvio que las propuestas de la soberanía alimentaria son antagónicas en el fondo con este modelo social y economicista. La soberanía alimentaria propone un modelo alternativo de desarrollo que no está basado en el crecimiento económico. Si analizamos cada uno de los puntos enumerados anteriormente y que, según los defensores de la soberanía alimentaria son necesarios para terminar con el hambre y la pobreza, observaremos que prácticamente todos se oponen a la doctrina liberal. Por ejemplo: a) dar prioridad a los mercados domésticos y locales implica la intervención de redes públicas y disminuye las posibilidades de inversión de capital especulativo y extranjero; b) el asegurar precios justos implica regulación social e institucional; c) el acceso a los recursos productivos por parte de los campesinos implica la desconcentración y distribución democrática de los mismos; d) el control de la comunidad es una apuesta por la acción colectiva y un rechazo a la propiedad privada individual de los recursos (fundamentalmente por las corporaciones de la alimentación) y del individualismo en sí mismo; e) la garantía del libre intercambio y uso de semillas y el rechazo a las patentes sobre las mismas choca con la propiedad privada; y finalmente, f) la inversión pública con políticas que favorezcan la vida en el medio rural, implica el desarrollo de paraguas estatales que contribuyan a desarrollar una democracia “desde abajo”, con especial atención al mundo campesino.

Desde que se lanzó la propuesta de la soberanía alimentaria una amplia coalición de organizaciones de la sociedad civil de todo el mundo la han adoptado y ésta ha adquirido un papel importante en el debate internacional. Algunos organismos multilaterales, como las instituciones de Naciones Unidas, apoyan en parte el desarrollo del concepto; y algunos países como Bolivia, Ecuador, Malí, Nepal, Nicaragua y Venezuela han incorporado las premisas de la soberanía alimentaria a sus constituciones nacionales o a sus leyes. De este modo, el concepto, no tanto la práctica, adquiere cada vez mayor

relevancia en todo el mundo. De hecho, la Soberanía Alimentaria ofrece a los diferentes agentes implicados diversas alternativas para contextos y realidades distintos, pero todas ellas se enmarcan en el mismo paradigma:

- Para los agricultores es una alternativa a la cadena alimentaria globalizada y mercantilizada que les discrimina.
- Para los gobiernos es una manera de mejorar el acceso a alimento, las condiciones de vida rural, y por ende, las relaciones ciudad/campo y sociedad/naturaleza.
- Para la ciudadanía en general supone democratizar las redes que gobiernan qué, cómo, dónde (y hasta cuándo) nos alimentamos.
- Para las ONG es una alternativa al concepto actual de desarrollo capitalista.
- Para los investigadores, es un nuevo paradigma de análisis (no solo desde la perspectiva sociológica, sino también desde el punto de vista de la crítica al desarrollo, también de la técnica y tecnología agropecuarias basadas en la agroecología, etc.).

Experiencias cooperativas: articulaciones entre producción y consumo en el Norte

La soberanía alimentaria se convierte en un horizonte programático para multitud de experiencias agroecológicas, tradicionales e innovadoras. Entre las primeras, La Vía Campesina es un ejemplo de nuevas culturas y formas de organización campesina. Entre las segundas pondremos como ejemplo el nuevo cooperativismo agroecológico¹⁰.

El nuevo cooperativismo agroecológico es un tipo de respuestas que emanan de la desafección alimentaria que se da en los países centrales (Calle, Soler y Vara 2009). Bajo esta etiqueta agrupamos aquellas prácticas que conforman nuevas redes que se orientan desde y hacia la *agroecología* como paradigma de satisfacción múltiple de necesidades básicas: manejo ecológico de huertas y recursos naturales; procesos microsociales en la obtención de alimentos, de espíritu transformador en lo que respecta a patrones mercantilistas y autoritarios; todo ello desde espacios en los que productores y consumidores se “intercambian papeles” o se vinculan directamente, iniciando un pensar y un hacer colectivo desde un crítica cotidiana. A grandes rasgos dichas respuestas propuestas provienen de redes agrarias (productores ecológicos, sindicalismo alternativo), redes económicas (cooperativismo y economía social) y redes económicas (cooperativismo y economía social). Aquí nos centraremos en las cooperativas de consumo que se auto-organizan sus formas de producción y sus vías de organización y distribución de alimentos. En muchos casos, estos espacios crean puentes con otras redes de productores, a los que compran de manera estable y según criterios sociales de corresponsabilidad, lo que supone apoyo continuo y firme a la producción ecológica que los mercados convencionales no garantiza.

Las personas integrantes de estas cooperativas reciben una cesta semanal de verduras durante todo el año, entre dos y tres kilos de media, por participar en la organización de un grupo de consumo y en la gestión de la cooperativa (tesorería, producción,

¹⁰ Ejemplos en el Estado español: La Acequia (Córdoba), Kusturica o la “Xarxeta” de cooperativas agroecológicas (Cataluña), Hortigas (Granada), Terratrèmol (Alicante), Uztaro Kooperativa (Guipúzcoa), Surco a Surco (Toledo, Madrid), Tomate Gorriak (Pamplona) o Bajo el Asfalto está la Huerta (Madrid, Guadalajara, Valladolid), entre otras.

comunicación, transporte, apoyo técnico, etc.). Las cuotas oscilan entre los 20 y los 60 euros por cesta (una o dos personas) y mes. En la mayoría de los casos existen personas pertenecientes a la cooperativa que son retribuidas por ocuparse del manejo diario de las huertas. La producción se reparte íntegramente entre los cooperativistas. Entre todas se trata de consensuar los objetivos estratégicos de la cooperativa: qué producir y cómo, qué decidir en común y cómo, a qué otros actores abrirse y cómo, qué manejo de las finanzas se realiza (cuotas fijas, búsqueda de ingresos alternativos, cuotas de solidaridad).

Podría parecer atrevido analizar estas experiencias como nuevos cultivos de cooperación social. Pero, en primer lugar, hablamos desde la perspectiva de una incipiente herramienta que en los últimos 10 años ha cobrado un notable auge en el estado español en paralelo, o como continuación, de las protestas globales que reclaman “otros mundos” posibles (ver López y López 2003 y Varios Autores 2006). Y, en segundo lugar, son espacios de gran compromiso, gradualidades y diversidades aparte, en tiempos en los que la participación es un “bien escaso” para buena parte de las organizaciones sociales. Participar aquí significa asegurar el sostenimiento económico (cuotas estables), productivo (de trabajo directo en la huerta y en la distribución de verduras) y político (asambleas de grupos de consumo y comisiones) de estas cooperativas. Dicha participación puede dividirse entre la que se refiere a la gestión estable de la cooperativa (desde tesorería hasta producción), y la que se ciñe a la auto-organización de los grupos de consumo y su contribución al proyecto (asambleas, organización del trabajo por grupos, etc.). En el sostenimiento de los grupos y de sus tareas, la participación es más intensa (entre un 80% y un 90% colaboran establemente) que en la gestión de la cooperativa (entre un 20% y un 30%).

A diferencia de las estrategias de promoción de un mercado ecológico a través de tiendas especializadas, o incluso en grandes superficies, estas innovaciones agroecológicas no son apuestas individuales, aunque respondan también a motivaciones personales. Son la expresión de prácticas colectivas que vienen sedimentando en redes de sociabilidad cotidianas, sean informales (vecindario, compañeros y compañeras de trabajo) o más formalizadas (colectivos políticos y culturales, espacios sociales, entornos familiares, redes de economía alternativa). En ellas se producen ya iniciativas de cooperación social estables, que animan a navegar al margen o en los intersticios estructurales de los sistemas agroalimentarios convencionales.

La importancia de las mismas reside en su capacidad para:

- i) experimentar nuevos satisfactores, siendo laboratorios de acción y de organización social de nuestros derechos, en particular a la alimentación, pero también de lo que entendemos por democracia, de nuestra convivencia en definitiva;
- ii) transformarse, caso que superen ciertos criterios de estabilidad y se visibilicen como satisfactores positivos de necesidades básicas, en referentes para mayorías sociales vía apoyo social, articulación crítica con otras redes, impactos en imaginarios y agendas públicas, etc.

En lo que respecta a su praxis, tres son los rasgos significativos que identifican estas cooperativas y nos sirven para diferenciarlas de otras iniciativas (agro)ecológicas: su *organizarse desde una proximidad* (global); su intento de *relacionarse desde una horizontalidad* (interna y externa); y su *hacer desde una des-mercantilización* (manejos comunales y redes de apoyo) en la satisfacción de nuestras necesidades básicas. Al referirnos a una proximidad (global) destacamos la constitución organizativa de estas cooperativas (mediante asambleas de grupos, cada uno compuesto por un número entre 5 y 15 personas) y la priorización absoluta de la cercanía (renunciando a productos o insumos “lejanos”) en el uso de insumos o en el establecimiento de contactos con otras redes sociales. Todo ello, sin menoscabo de una visión global: integral (se vincula con

problemáticas de precariedad, creación de tejido local, urbanismo) y mundial (en contacto con encuentros y discursos alrededor de la soberanía alimentaria y de redes como Vía Campesina).

Su hiper-sensibilidad frente al poder, común a los nuevos movimientos globales, deja su huella en una búsqueda de horizontalidad a la hora de tomar decisiones, tanto en aspectos organizativos (el trabajo de comisiones o comités está muy supeditado a las asambleas de coordinación y al trabajo en el interior de los grupos) como metodológicos (consensos, apuesta por grupos pequeños para alentar la expresión y la igualdad de género, entre otras).

Y, por último, la des-mercantilización se haya presente en la forma de adquisición de tierras (preferentemente cesión u ocupación, también trueque y alquiler), en la problematización de las cuotas como elemento que no ha de limitar la participación de otras personas, y en el acceso compartido con otras redes a bancos de semillas, a otros insumos, etc.

Esta praxis tiene tras de sí, generalmente de forma implícita, es decir, perteneciendo al reino de un *saber-cómo* que no precisa o no se vuelca en un *saber-qué* formalizado¹¹, un enfoque reticular y procesual. Se situaría así en el marco de esas nuevas formas de producir saberes que: afirman la experiencia como filtro inaplazable en la construcción de proyectos sociales (énfasis en la auto-gestión, en la adaptación al contexto y en la credibilidad experimental de futuras alternativas; visión de proceso acción-reflexión); y plantean abiertamente un enfoque integral como baremo multidimensional de su hacer (producción, crítica de la globalización alimentaria, participación social).

¿Constituyen estas experiencias alternativas reales a los mercados globales convencionales? De manera coloquial podríamos dibujar tres “oscuros” escenarios que, caso de ser seguidos por estas cooperativas, difícilmente podríamos pensar en ellas como “alternativas”, sino, en todo caso, como espacios de refugio para minorías. Así, las estufitas rojas, las islitas verdes y los agujeros negros son caminos a los que una experiencia, o un entramado de ellas, se termina abocando cuando el nuevo metabolismo socio-vital propuesto no es un desafío global, sino una continuidad con vestimentas alternativas. Ofrecemos la imagen de *estufitas rojas* para aquellos fenómenos en los que el naufragio afectivo que provoca la mundialización capitalista (¿quiénes somos?, ¿quién nos puede ayudar?), lleva a la búsqueda de nuevas redes sociales, nuevas “tribus emocionales”, en las que es secundario la problematización de lo que producimos y cómo lo hacemos, la democracia interna del grupo o cómo encaramos críticamente nuestra vinculación con el mundo. Por su parte, las *islitas verdes* serían aquellos entornos ricos en el manejo ecológico de los recursos pero pobres en la alteración del metabolismo socio-vital en su conjunto, bien por la falta de atención a las estrategias de impacto en el exterior, bien por la apropiación de recursos o de situaciones ventajosas (status social, económico, técnico) como insumo privilegiado para el desarrollo de un proyecto en cuestión, proyecto no reproducible en otros contextos o con insumos algo menos privilegiados. Y, por último, el impulso de un capitalismo “reverdecido” puede conducir hacia *agujeros negros* en los que los proyectos no sean sino la ampliación y recreación de nichos de mercado hacia consumidores “alternativos”. Se trata de nichos que permiten satisfacer una demanda afectiva y de productos ecológicos a clases o grupos sociales, relativamente “acomodados”, que pueden invertir recursos y tiempo en ello.

El reto estaría en hilvanar estructuras y sentidos de acción, medios y fines, entre las distintas formas del nuevo cooperativismo agroecológico; creación de un tejido social que trata realmente de tejer otros mundos. Transformarse en archipiélagos, ser corriente que penetra en multitud de flujos vitales. Irradiar e hilvanar alternativas que intentan

¹¹ Ver Heller (1977).

desarrollar otros metabolismos, especialmente con las que apuestan desde la agroecología o por una creciente satisfacción de las necesidades básicas desde abajo. Desde estas perspectivas, no es descartable pensar en la co-evolución de estas redes hacia otras iniciativas sociales: cooperativas ciudadanas (urbanas, principalmente) en la gestión general de necesidades básicas; granjas, redes de productores y consumidores agroecológicos, nuevos núcleos rurales que promueven circuitos de proximidad y de mayor autosuficiencia; iniciativas de agricultura urbana y consumo social; entre otras.

En la trastienda de este nuevo cooperativismo agroecológico seguramente encontraremos, (tarea para futuros trabajos), una transformación en profundidad de las formas de entender la política, apoyándose en los pilares de la democracia radical y los cuidados. Surge así la necesidad de entender estos espacios como expresiones de la pugna que se da entre un deseo y una necesidad de participar en los asuntos que nos afectan, y las prácticas autoritarias y tecnocráticas que respaldan formas de organización de una sociedad dócil, como veíamos en el capítulo *Aproximaciones a la democracia radical*.

Escenarios de futuro: la pugna por la democracia

Así pues, los debates en el terreno alimentario están íntimamente ligados a los de democracia. Las resistencias campesinas, alimentarias, ecologistas o fundadas en una economía solidaria entienden que no puede haber soberanía alimentaria si no se trabaja en la democratización extensa del entorno que la puede producir. Y este entorno es político, económico, (inter)cultural, mundial y local al mismo tiempo. En paralelo, la contestación a las democracias formales que vienen tornándose muy autoritarias y facilitadoras de un control oligopólico, encuentran en la democracia (radical en muchos casos) su marco de unión y de actuación: los nuevos movimientos globales representan una praxis, una cultura política antes que una red de protesta, que se retroalimenta desde sus demandas de una democracia que abra el paso a procesos de cooperación social, de inclusión y de deliberación, de sustentabilidad extensa (Calle 2005, 2009).

Abajo, abrazando innovaciones y tradiciones campesinas, nuevas redes intentan hacer emerger otros presentes desde una perspectiva agroecológica (participativa, endógena, sustentable). Desde esta agroecología emergente se constituyen redes y haces de experiencias de democracia radical, en buena parte de los casos. Tienen en la soberanía alimentaria su horizonte, en tanto que filosofía del “buen vivir” y de la sustentabilidad extensa. La certificación participativa generada socialmente, con o sin apoyo de instituciones, y el desarrollo de redes de agricultores y campesinos que plantean otro sistema agroalimentario y de manejo de recursos naturales, son ejemplos de esas expresiones próximas a lo que hemos definido como democracia radical.

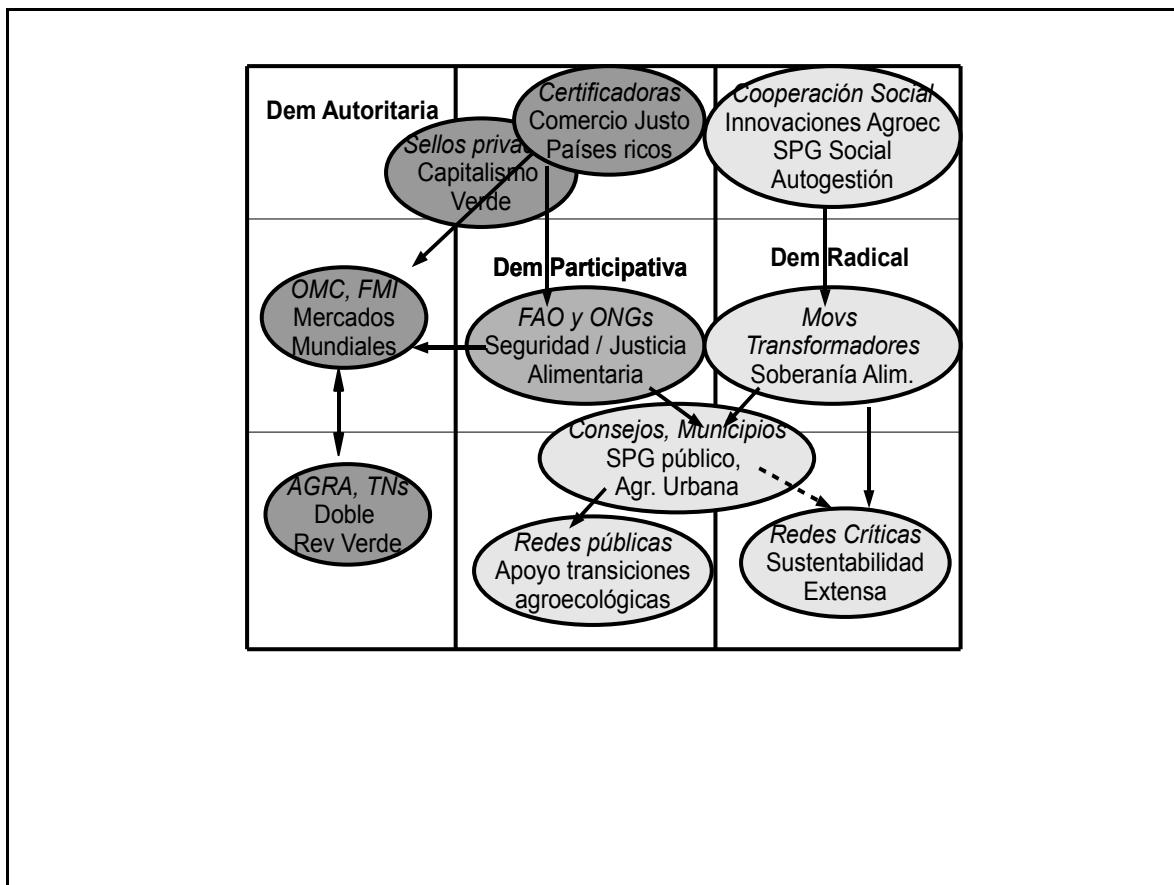


Gráfico 3. Paradigmas y políticas alimentarias y su relación con las diferentes expresiones de democracia (elaboración propia).

Pero también la soberanía alimentaria pudiera contemplarse como un programa político en el corto plazo (Holt-Giménez 2009, Holt-Giménez y otros 2009), en la medida en que se plasma en la creación de redes globales de auto-consumo, de cierre de circuitos energéticos y políticos “desde abajo”, de reforma agraria, de crítica y desarticulación del poder de las transnacionales alimentarias, de demandas de paraguas sociales para realizar transiciones agroecológicas, de problematización constante de ejes de dominación como el patriarcado o las relaciones Norte-Sur, etcétera. Este programa político serviría para establecer relaciones entre formas de democracia radical y paraguas de democracia participativa. Sobre la base de *cuencas alimentarias*, territoriales y culturales desde las que implementar una política de satisfacción sustentable de necesidades básicas (ver Pérez-Vitoria 2009: 233 y ss.), pueden emerger consejos alimentarios, comunidades que apoyen redes y cinturones de producción ecológicos, consumos sociales impulsados por las administraciones públicas, mercados locales, investigaciones participativas aplicadas, establecimiento de huertos urbanos como equipamiento social, y sobre todo, sistemas participativos de garantía, como ilustra el artículo de Mamen Cuéllar en este trabajo, que establezcan alianzas “desde abajo” entre redes críticas e instituciones públicas.

Encuentran sus paraguas y sus alianzas en instituciones, propias de una democracia participativa, que se abren para permitir el desarrollo de instituciones locales que amparen dichas emergencias (agricultura urbana ecológica, consejos alimentarios, mercados ecológicos, etc.). En algunos casos, estas aperturas hacia la certificación ecológica, de promoción de un comercio justo o hacia la idea de “seguridad alimentaria” no representan

apuestas de transformación si no de introducir “mejoras” en el corto plazo (Holt-Giménez 2009). En estas condiciones, la democracia “participativa” tiende a ser más una herramienta de legitimación de las agendas del poder neoliberal, como se demuestra en muchas iniciativas de comercio justo para países ricos o en la certificación ecológica que da lugar a un mercado oligopólico de productos orgánicos (Cuéllar y Rentjes 2009, Cuéllar y Calle 2009, Altieri 2009). A juicio de Holt-Giménez (2009: 77), éste sería el caso de las iniciativas del “sector menos crítico con las transnacionales dentro del Comercio Justo, las diversas “mesas redondas” controladas por empresas a favor de la soja sostenible [...] y los sectores empresariales vinculados a la producción de alimentos orgánicos”, donde se dan alianzas entre grandes ONGs (como Oxfam-USA, CARE o Visión Mundial) y financiadores que promocionan una política neoliberal de expansión del sistema agroalimentario global, como la Fundación Bill y Melinda Gates.

Cómo comemos tiene que ver con cómo participamos y nos organizamos socialmente; y viceversa: las decisiones políticas están abriendo el paso a la especulación insostenible (social y medioambientalmente) sobre cómo nos alimentamos. Por consiguiente, se plasman en nuestras mesas y en nuestros campos los encuentros y desencuentros que impulsan las democracias autoritarias y tecnocráticas.

Bibliografía

- Altieri, Miguel A. (1999): *Agroecología: Bases científicas para una agricultura sustentable*, Montevideo, Norman-Comunidad.
- Altieri, Miguel A. (2009): “Agroecología, pequeñas fincas y soberanía alimentaria”, *Ecología Política*, n. 38.
- Bárcena Hinojal, Iñaki (2009): “Entrevista a Paul Nicholson”, *Ecología Política*, n. 38.
- Bascañán Añoover, Óscar (2009): *Campesinos rebeldes. Las luchas del campesinado entre la modernización y la globalización*, Madrid, Catarata.
- Calle Collado, Ángel (2005): *Nuevos movimientos globales. Hacia la radicalidad democrática*, Madrid, Editorial Popular.
- Calle Collado, Ángel (2009): “Democracia en movimiento”, *Relaciones Internacionales*, núm. 12, [Disponible en www.relacionesinternacionales.info/revista/revista/N12/pdf/artcalle12.pdf]
- Calle Collado, Ángel; Soler Montiel, Marta y Vara Sánchez, Isabel (2009): “La desafección al sistema agroalimentario: ciudadanía y redes sociales”, *I Congreso de Sociología de la Alimentación*, Gijón, 28 y 29 de mayo de 2009.
- Carpintero, Óscar (2005): *El metabolismo de la economía española*, Lanzarote, Fundación César Manrique.
- Cuéllar Padilla, Mamen y Calle Collado, Ángel (2009): “Sistemas participativos de garantía: poder, democracia y agroecología”, *I Congreso de Sociología de la Alimentación*, Gijón, 28 y 29 de mayo de 2009.
- Cuéllar, M. y Reintjes, C. (2009): *Los sellos y sistemas de garantía para el Comercio Justo*, Barcelona, Icaria.
- Cuéllar, M. y Sevilla Guzmán, Eduardo (2009): “Aportando a la construcción de la Soberanía Alimentaria

- desde la Agroecología”, *Ecología Política*, n. 38.
- Desmarais, Annette Aurélie (2008): *La Vía Campesina*, Madrid, Editorial Popular
- Funtowicz, S. y Ravetz, J. R. (2000): *Ciencia con la gente. La ciencia posnormal*, Icaria, Barcelona.
- Gliessman, Stephen (2007): *Agroecology: The Ecology of Sustainable Food Systems*, Boca Ratón, CRC Press.
- Gliessman, Stephen (2010): “The Framework for Conversion” en Gliessman y Rosemeyer (eds.), *The conversion to sustainable agriculture: principles, processes and practices*, Boca Raton, CRC Press.
- González de Molina, Manuel, y Guzmán Casado, Gloria (2006): *Tras los pasos de la insustentabilidad. Agricultura y medio ambiente en perspectiva histórica (s.XVIII-XX)*, Barcelona, Icaria.
- Guzmán Casado, Gloria I, González de Molina Navarro, Manuel, Sevilla Guzmán, Eduardo (2000): *Introducción a la agroecología como desarrollo rural sostenible*, Madrid, Mundi-Prensa.
- Heinberg, Richard (2006): *Se acabó la fiesta. Guerra y colapso económico en el umbral del fin de la era del petróleo*, Huesca, Barrabes.
- Heller, Ágnes (1977): *Sociología de la vida cotidiana*, Barcelona, Península.
- Holt-Giménez, Eric (2009): “EE UU: crisis alimentarias, movimiento alimentario y cambio de régimen”, *Ecología Política* n. 38.
- Holt-Giménez, Eric, Patel, Raj y Shattuck, Annie (2009): *Food Rebellions; Crisis and the hunger for justice*, Oakland/Oxford, Food First/Fahamu.
- Lang, Tim y Heasman, Michael (2004): *Food Wars. The Global Battle for Mouths, Minds and Markets*, Londres, Earthscan.
- Naredo Pérez, Jose Manuel (2006): *Raíces económicas del deterioro ecológico y social más allá de los dogmas*, Madrid, Siglo XXI.
- Norgaard, R.B. (1994): *Development Betrayed: The End of Progress and a Coevolutionary Revisioning of the Future*. Londres, Routledge.
- Ottmann, Graciela (2005): *Agroecología y Sociología Histórica desde Latinoamérica*, Madrid, Mundi-Prensa.
- Pérez-Vitoria, Silvia (2010): *La Riposte des paysans*, París, Actes Sud.
- Ploeg, Jan Douwe van der (2008): *The new peasantries. Struggles for autonomy and sustainability in an era of empire and globalization*, Reino Unido, Earthscan.
- Riechmann, Jorge (2005): *Comerse el mundo : sobre ecología, ética y dieta*, Málaga, Ediciones del Genal.
- Rist, Gilbert (2002): *El desarrollo: historia de una creencia occidental*, Madrid, IUDC-La Catarata.
- Rivera Ferre, Marta G. (2008): “Soberanía alimentaria: limitaciones y perspectivas”, en *Derecho a la alimentación y soberanía alimentaria*, II Seminario Internacional celebrado en octubre de 2007, Córdoba, Servicio de publicaciones de la Universidad de Córdoba.
- Servan-Schreiber, David (2008): *Anti-Cancer*, Madrid, Espasa.

- Sevilla Guzmán, Eduardo (2006): *De la Sociología Rural a la Agroecología*, Barcelona, Icaria.
- Sevilla Guzmán, Eduardo (2006b): *El pensamiento social agrario*, ISEC/Universidad de Córdoba.
- Sevilla Guzmán, Eduardo y Woodgate, Graham (2002): “Desarrollo rural sostenible: de la agricultura industrial a la agroecología”, en Redclift, Michael y Woodgate, Graham (eds), *Sociología del medio ambiente. Una perspectiva internacional*, Madrid, Mc Graw Hill).
- Shiva, Vandana (2006): *Manifiesto por una democracia de la tierra, Justicia, sostenibilidad y paz*, Barcelona, 2006.
- Soler Montiel, Marta y Calle Collado, Ángel (2010): “Rearticulando desde la alimentación: canales cortos de comercialización en Andalucía”. En Varios Autores, “Patrimonio cultural en la nueva ruralidad andaluza”, n.27 de *Cuadernos del IAPH* (Instituto Andaluz de Patrimonio Histórico).
- Sousa Santos, Boaventura (2005): *El milenio huérfano. Ensayos para una nueva cultura política*, Madrid, Trotta.
- Sousa Santos, Boaventura (2009): *Pensar el estado y la sociedad: desafíos actuales*, Buenos Aires, Waldhuter.
- Toledo, Víctor M. y Barrera- Basols, Narciso (2009): *La memoria biocultural: la importancia ecológica de las sabidurías tradicionales*, Barcelona, Icaria.
- Varios Autores (2007): *Supermercados, no gracias. Grandes cadenas de distribución: impactos y alternativas*, Barcelona, Icaria.
- Villasante, Tomás (2006): *Desbordes creativos. Estilos y estrategias para la transformación social*, Madrid, La Catarata.